

La virtud del placer: en defensa de la literatura de evasión

Brandon Sanderson

Introducción

Yo no soy escritor.

Quizás les sorprenda oír esto. Estoy hablando precisamente en la entrega de un premio literario y he publicado varias novelas. Poseo también un máster en escritura creativa y, por lo que he podido deducir de mi trayectoria profesional en la universidad, de ningún modo soy escritor. Al menos según los criterios de muchos académicos.

¿Qué es un escritor? Un escritor es alguien que dice cosas que importan. Un escritor es alguien que construye un lenguaje bello con las palabras. Un escritor es alguien a quien el público debería reverenciar y respetar.

Desgraciadamente, ese no es mi caso. A mí, simplemente, me gusta contar historias.

Según tengo entendido, soy el primer autor de ficción que invitan a hablar en la entrega de este premio. Y, aún más, soy uno de los pocos autores jóvenes que ha tenido tal placer. Me encuentro al principio de mi carrera profesional, más que al final de ella. ¡La lista de autores ilustres invitados en años

anteriores me desanima un poco!

Por ello, he reflexionado mucho sobre qué podía decirles que fuera significativo. Al final, he decidido que lo mejor que podía hacer era hablarles del sentimiento de admiración que puede provocar un buen libro, explicarles en qué consiste narrar historias.

Y defender ese arte... el de contar historias. Es un arte que, en mi opinión, puede ser todavía más poderoso, más útil y más real de lo que imaginamos. Tal como les gusta pensar a los lectores de ciencia-ficción. Con todo, quiero centrar mi discurso en los sentimientos.

Trayectoria

Quizás deberíamos retroceder un poco. Déjenme explicarles mi historia y quizás así comprenderán cómo he llegado hasta aquí.

Antes de ser narrador de historias, yo era dos cosas. Era un científico y un soñador. Es una mezcla que, en realidad, no creo que sea tan extraña entre los escritores de ciencia-ficción y fantasía. Solemos ser el tipo de personas a las que, ante un fregadero estropeado, les gusta sentarse y pensar en los mecanismos que logran que funcione; nos fascinan las maravillas de la fontanería e inventamos un sistema mágico con el fin de transferir energía mágica mediante las cañerías.

¡Todo ello mientras el agua nos salpica la cara porque

estamos demasiado ensimismados para arreglar las cañerías!

Si han leído mis novelas, sabrán que mi objetivo es mezclar la fantasía y la lógica. Me esfuerzo mucho en construir historias y convertirlas -paradójicamente- en relatos mágicos y científicos al mismo tiempo. Lucho por demostrar que la fantasía puede ser mucho más inteligente de lo que la gente cree, por combinar un efecto de maravilla y sorpresa con la lógica de una buena trama y de un marco excelente.

Hago eso porque me gusta tanto aprender como imaginar. Cuando era adolescente, pasaba tanto tiempo hurgando en revistas de zoología y de física como leyendo libros sobre fantasía. De hecho, el primer año de universidad acabé escogiendo química biológica como especialidad.

La escritura, mi verdadera pasión, se impuso con el tiempo y, como pueden comprobar, he terminado siendo escritor de profesión. Pero todavía tengo un profundo respeto por las ciencias. Han determinado mi tarea de escritor, empujándome a desarrollar mi propio estilo de magia lógica.

Además, hay una diferencia fundamental entre las ciencias y las artes que creo que como escritores de ciencia-ficción y de fantasía debemos conocer.

Estudiar la ciencia, a mi parecer, debería hacernos pensar. Leer ficción, sin embargo, debería hacernos sentir.

La escritura como ciencia

Ya sé que tal vez pueda ser controvertido oírme afirmar que la buena literatura es la que te hace pensar y te hace sentir.

Y este posiblemente sea el problema de desconexión que sufrimos en nuestro entorno literario actual. En esta época de enseñanza institucional de la literatura -con la expansión de la idea de que la escritura es una habilidad que puede "enseñarse" en las universidades, con másteres en creación literaria y doctorados en escritura- algo ha ocurrido en cómo los académicos contemplan la literatura.

Parece que la gente de los departamentos de literatura se empeñe en considerar la escritura no como un arte, sino como una ciencia. Creen que la literatura siempre debería enseñar, explicar. Parece que piensen que es algo que puede descomponerse, como un físico divide los átomos en quarks y después identifica los componentes que logran que funcione.

Personalmente, me preocupa que se deba a que la comunidad literaria se sienta amenazada por la comunidad científica. En el ámbito universitario, las ciencias son productivas. La investigación da lugar a innovaciones, se descubren nuevos tratamientos. La investigación en las ciencias obtiene resultados reales, cuantificables.

La literatura -que no es exactamente un arte tradicional, pero está lejos de ser una ciencia auténtica- se ha visto

desheredada en este sistema moderno. ¿Qué es el estudio de la literatura? ¿Es investigación? ¿Es arte? Para legitimarse, creo que los departamentos de literatura han orientado los estudios hacia algo más propio de un laboratorio de biología -disecar, discutir y cuantificar- que de un taller artístico.

Un texto brillante, para ellos, es un texto sobre el cual puede discutirse extensamente.

Todo, en teoría, está bastante bien. La literatura está llena de sentido, es didáctica y maravillosa. Y aun así, no creo que nada de todo ello deba ser el objetivo de una obra de ficción. La ficción trata de una historia. Todo lo demás debería surgir con naturalidad de ella. Cuando el significado, o incluso el lenguaje, tiene prioridad sobre los personajes o la historia, vulneramos la naturaleza misma de nuestro trabajo.

Los departamentos de literatura y de escritura no están de acuerdo conmigo. Cada vez más creen -y enseñan- que si una obra de ficción simplemente entretiene, no posee tanto valor. Es ruin. Indigno.

Y por lo tanto, debe de ser por eso que no soy escritor. Ni siquiera estoy seguro de lo que soy. Sí que sé, a pesar de todo, qué quiero crear. Deseo crear algo que tenga sentido, no para que me haga parecer excepcional, sino para que los personajes que aparezcan sean completamente convincentes.

Los sentimientos

No es mi propósito enredarnos en una extensa disertación sobre la discriminación institucional de la ficción popular en las universidades. Hay gente mucho más inteligente y versada que yo que ha opinado suficientemente.

Mi intención, pues, no es señalar a los departamentos de inglés o los expertos en literatura para acusarles. Eso se lo reservo a Steven King. En lugar de eso, sólo deseo demostrar lo que antes he manifestado, que la buena ficción, a mi parecer, puede proporcionarnos algo de tal profundidad que nada más -la no ficción, el arte visual o incluso la ciencia- puede procurarnos: emoción.

El resultado de toda esa disección, discusión e investigación de los cursos de escritura es un distanciamiento de los sentimientos en la prosa. La literatura contemporánea no trata sobre emociones; trata sobre juegos de palabras ingeniosos, trata sobre intentar innovar con la forma y el mensaje. Trata sobre decir o enseñar cosas, en lugar de expresarlas.

La literatura popular llena este vacío.

Ahora bien, ello no significa que debamos abandonar y no intentar introducir temas o ideas en nuestra literatura. Hay un lugar para eso, por descontado. ¿Dónde nos encontraríamos sin las didácticas narraciones de Lewis, Esopo e incluso Chaucer? La ciencia-ficción y las historias fantásticas a menudo contienen

temas punzantes que hacen pensar a los lectores. ¿Qué es *Harrison Bergeron*, si no una historia clásicamente didáctica con las mismas llamas que un típico cuento moralizador de la edad media?

Con todo, ya les he adelantado la afirmación que la literatura no tiene que poseer necesariamente significado alguno para ser valiosa. ¡En realidad, para mí tiene mucho más valor la literatura que no significa nada! Parafraseando a Oscar Wilde, todo el arte -o, como mínimo, el buen arte- es, en conclusión, inútil.

Ficción popular

Eso nos lleva a la literatura de evasión. *Evasión* es una palabra que en inglés se ha utilizado a menudo para despreciar la ficción que se centra demasiado en el entretenimiento. Las obras de evasión, según muchos lectores, son las que poseen poco valor porque te abstraen del mundo real en vez de enseñarte cosas útiles. Existen muchos escritores literarios que reivindican que toda la ficción popular es simplemente de *evasión*. Y, desgraciadamente, muchos escritores de ciencia-ficción señalan a los escritores de fantasía y exclaman: **##;No, nosotros no escribimos literatura de evasión.## Ellos son los que escriben** ese tipo de literatura!

De acuerdo. Yo deseo escribir literatura de evasión. Porque, para mí, algo que te abstraiga de tu mundo y te transporte a otro

Comentario: Sembla que hi ha un error a l'original. Suposem que la frase en anglès hauria de ser així: We're not the ones writing escapism.

es, por sí solo, maravilloso. Porque te hace sentir.

Los verdaderos clásicos, tanto de ciencia-ficción como de fantasía, no son aquellos libros que tratan de aleccionar al lector, son los libros que tratan de provocar emociones en el lector. *Dune*, *El señor de los anillos*, *El juego de Ender*, incluso los relatos de robots de Asimov... no son obras dirigidas a explicarnos absolutamente nada, aunque traten temas importantes -además de aspectos interesantes de magia y ciencia.

El objetivo principal, el aspecto central, de dichas obras es el sentimiento. La emoción. El entretenimiento.

Y eso es precisamente lo que, por alguna razón, la comunidad de lectores en general empieza a percibir con desagrado.

El declive de la emoción

Yo no soy una persona emotiva. Pregúntenselo a cualquiera que me conozca. Les contestarán que no me enfado nunca, y que no sufro arrebatos. Cuando por fin vendí un libro al cabo de ocho años de trabajo, mi respuesta fue un simple "qué bien" en lugar de una exclamación de alegría. Eso no significa que no estuviera contento; es sólo que no tiendo a la emoción desmesurada.

Quizás por ello la emoción me fascina tanto. Como la comida basura a un hombre que ha pasado hambre toda la vida; como la educación obligatoria a un niño que ha crecido en un lugar donde sólo los ricos podían ser escolarizados, yo soy un hombre

convencido de que lo que no poseemos es mucho más interesante que lo que poseemos.

La emoción es maravillosa. Una de las pocas cosas que me puede hacer experimentar sentimientos verdaderos es una historia bien narrada. No es necesario que me sorprenda un argumento brillante -aunque me gustan- y no hace falta que me sorprenda la originalidad de su ambientación. Una historia bien narrada con un clímax dramático puede conmoverme infinitamente más que cualquier otra cosa.

Puede ser algo esperado, como la escena de la resurrección en *El león, la bruja y el armario*. Puede ser sorprendente pero inevitable, como la escena de la destrucción del automóvil de *El protegido*. De una forma u otra, estas historias significan algo para mí. Me hacen sentir.

Y, por alguna razón, toda mi carrera universitaria trató de enseñarme que esta reacción era de algún modo inferior a la que debería experimentar leyendo una historia densa y confusa de James Joyce.

Me rebelé.

¿Y bien, por qué razón les explico todo esto? ¿Lo hago sólo porque me han ofrecido una tarima, han cruzado los dedos y han esperado a ver qué podía contarles? Como pueden imaginar, este tema es muy importante para mí.

Y sin embargo, no quiero limitarme a despotricar sobre cosas

que me molestan -aunque, como la mayoría de autores, lo hago bastante bien. La razón por la que he escogido este tema son ustedes mismos.

Señoras y señores, son científicos e ingenieros. Son gente de lógica, razón y pensamiento. Eso es maravilloso. En realidad, me considero más bien uno de ustedes que un verdadero artista al estilo clásico.

Y aun así, me preocupa que sus mentes lógicas representen también un peligro para ustedes mismos por lo que se refiere a la escritura. Como me ocurrió a mí. Antes, cuando he hablado de mi infancia, he mencionado de paso cuán difícil fue para mí la decisión de escoger, al principio, la química biológica como carrera, en lugar de la escritura. ¿Por qué lo hice? Porque mi mente lógica me decía que los escritores no ganan dinero, y que si escogía dedicarme a escribir libros acabaría pidiendo limosna en el arcén de una carretera y mis manuscritos sólo servirían para encender un buen fuego en un cubo de basura para calentarme.

La lógica me anulaba los sentimientos. Noté que me ocurría algo parecido cuando contemplé mi obra desde un punto de vista crítico y literario.

Señoras y señores, debemos resistir a los deseos de forzar nuestra literatura a tratar de hacer lo que las ciencias ya hacen suficientemente bien. Creo que debemos entender lógicamente por qué algo tan aparentemente frívolo como la emoción es tan

importante en nuestra literatura.

Y por lo tanto, como voy acercándome ya al final, quisiera hablarles brevemente de por qué creo en la importancia de la emoción.

La importancia de las sensaciones

¿Por qué es importante sentir? En cierto modo, *sentir* significa básicamente entender a los demás.

A lo largo de la historia, cuando unos hombres han infligido desgracias a otros hombres, uno de sus objetivos ha sido conseguir que los soldados y sus seguidores se enfrentaran a los enemigos de una forma lógica, no emocional. Las personas recluidas en los campos de concentración se convertían en objetos, no eran personas. En los Estados Unidos, se creía que los esclavos eran más animales que hombres.

El truco de estos regímenes ha sido crear una desconexión en sus seguidores. Es mucho más difícil herir a otro hombre si te identificas con él. En cambio, si puedes convencerte de que no siente del mismo modo que tú, puedes obligarte a hacer mucho más.

¿Qué quiero decir con ello? ¿Hay que asociar a los escritores de literatura con los nazis? A veces sentía como si me torturaran cuando me obligaban a leer los llamados "clásicos" en la escuela.

Estoy exagerando, por supuesto. No, no quiero relacionarlo

de ningún modo. Lo que pretendo demostrar es que la capacidad de sentir y de entender a los demás es vital para toda la humanidad. La capacidad de mirar a otras personas y de imaginar qué deben de sentir es, a mi parecer, una de las más magníficas y maduras emociones. Se encuentra en el centro de las enseñanzas de casi todas las religiones humanistas de todo el mundo.

Entender a los demás origina fuertes reacciones en la gente. Nos impulsa a dar. Debilita el odio y la ausencia de civismo. Desvía nuestra atención de nosotros mismos y nos encauza hacia lo mejor que la humanidad puede ofrecer.

Y, a riesgo de vanagloriarme, mi valor dentro de la literatura de *evasión* se debe a esa sencilla razón. El propósito de los libros como los que escribimos no es infundir la reflexión o educar. El verdadero mérito de un escritor popular es su capacidad para conseguir que el lector piense y se sienta como los personajes piensan y se sienten.

La intensidad de la tensión depende del vínculo del lector con los personajes a medida que éstos progresan en la historia. La amenaza del peligro depende de la capacidad del lector de preocuparse por los personajes. La fuerza de un final brillante depende de su capacidad de influir en los personajes para su triunfo o su tragedia.

Cuando leemos un buen libro, sentimos como si triunfáramos o fracasáramos con los personajes implicados. Dejamos de ser

nosotros mismos y nos introducimos, por un instante, en el interior de otro ser.

Eso es lo que puede originar la ficción popular. Una obra literaria puede poseer un lenguaje delicioso, un mensaje punzante y un tema con mucha fuerza. Pero si no nos preocupamos de los personajes, en mi opinión no triunfará como historia.

Conclusión

Termino con una petición concreta y modesta, en mi opinión. Los presentes son mis compañeros: escritores, soñadores, hombres y mujeres de ciencia y pensamiento. Para nosotros, el aprendizaje y las ideas son muy importantes. Por eso leemos, y nos encantan los libros que nos estimulan los sentidos lógicos.

A pesar de todo, en la escritura, corremos el peligro de olvidarnos de la profunda y poderosa capacidad de una historia bien narrada para evocar emociones. Les propongo, pues, un reto. No permitan que los interesados en la escritura *literaria* les avergüencen por su amor a una buena historia, porque dicha historia tiene mucha más fuerza de lo que ellos están dispuestos a admitir.

Sin embargo, al mismo tiempo, no permitan que su sed de lógica cause la desaparición de la vida en su historia. Si escriben primordialmente sobre la gente, entonces la lógica, el argumento y la ciencia tendrán más potencia todavía por

asociación.